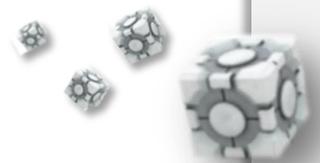


# CRÓNICA



2018



# CRÓNICA

*“La crónica es como un cuento, pero de verdad”.*

*Gabriel García Márquez.*

La definición más amplia posible para la palabra “crónica” es “Narración histórica en que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos”<sup>1</sup>. Dentro de esa vastísima categoría pueden insertarse casi todos los documentos narrativos, administrativos o científicos que la humanidad ha producido en los cinco mil y pico de años que han pasado desde la invención de la escritura, puesto que todos esos géneros comparten la intención de ubicar temporalmente acontecimientos en el tiempo, ya sea el número de vacas que transportó a Creta un carguero fenicio del siglo x a.C., la lista definitiva de los faraones egipcios de la Nueva Dinastía, la fecha y lugar exactos del primer avistamiento de América por Martín Alonso Pinzón, o la reconstrucción pormenorizada de todos los lugares en los cuales pude haber dejado las llaves de mi casa anoche, antes de acostarme.

La utilidad o la necesidad de registrar los hechos con mayor o menor precisión dentro de una línea temporal puede tener muchísimos motivos diferentes, y de algún modo sentimos como lectores que cuando dicho marco de referencia no está presente, el texto es incompleto. Incluso los textos narrativos que no se preocupan de una relación inmediata con nuestra realidad se preocupan de establecer una referencia temporal, así sea muy vaga: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía recordó aquella tarde lejana en que su padre lo llevó a conocer el hielo”; “Hace muchos, muchos años, en una galaxia muy, muy lejana”.

## LA CRÓNICA, UN GÉNERO LATINOAMERICANO

¿Por qué esas restricciones? La respuesta a esa pregunta tiene dos razones: una histórica, y otra académica-científica. Dilucidemos la primera. La crónica es un género de larga tradición en América Latina, y está insoslayablemente unido a nuestra historia. Casi toda la información que tenemos acerca de cómo eran los grandes pueblos americanos al momento del encuentro y de cómo ocurrió ese encuentro están registrados en las llamadas “crónicas de indias”, redactadas por conquistadores españoles que querían lograr con ellas reconocimiento oficial por sus descubrimientos y hazañas. Empezando por el diario de viaje de Colón, y siguiendo por ejemplo la crónica de Bernal Díaz del Castillo sobre la conquista de México, o la de Juan de Castellanos sobre el sometimiento de los Muisca en Colombia. Dichas crónicas rebasaron rápidamente su intención oficial y lograron convertirse en libros muy populares en su época, debido a su narración vívida y sus descripciones de un mundo desconocido para los europeos. Pero en los siglos de la colonia la crónica también jugó un papel preponderante para construir una idea de identidad y pertenencia de las nuevas

<sup>1</sup> DRAE disponible en <http://dle.rae.es/?id=BLThYfx>



sociedades mestizas a estas tierras. De nuevo Colombia ostenta un clásico de la crónica colonial, “El Carnero” de Juan Rodríguez Freile.

Por supuesto la independencia tuvo sus propios cronistas eximios, pero el surgimiento de la crónica moderna, en el sentido que nos interesa, se hizo a finales del siglo XIX con la masificación de la prensa en los países del continente, una vez asentada la polvareda de las innumerables guerras civiles que siguieron a la guerra contra España. El conocido ensayista mexicano Carlos Monsiváis publicó un compendio de la crónica en México, a la cual caracteriza así:

“De principios del siglo XIX hasta casi nuestros días, la crónica mexicana verifica o consagra cambios y hábitos sociales y eleva lo cotidiano al rango de lo idiosincrático (aquello sin lo cual los mexicanos serían, por ejemplo, paraguayos). En el tránsito de la mentalidad colonial a la independiente - y en el mucho más documentable de la novela de costumbres a la novela realista - una comunidad pequeña, insegura de sus logros, incierta de su nacionalismo, ve en la crónica el espejo refulgente (ideal) de sus transformaciones y fijaciones (...) Escribir es poblar, escribir es distribuir rasgos y actitudes que se juzgan necesarios en la sociedad mexicana, escribir es dotar de un habla prestigiosa a una comunidad todavía uncida a la imitación de “lo castizo”.”(Monsiváis, 2006, p. 35)

En esencia, lo que dice Monsiváis es que una de las fuentes sobre las que se construyó la nacionalidad de México son los retratos de episodios de la vida cotidiana que se publicaban en los periódicos mexicanos. Ese papel creador de lo político del relato, ese “escribir es poblar”, atrajo y continúa atrayendo a la crónica a los escritores más insignes, no sólo de México, sino de Colombia y el resto de América Latina. Rubén Darío, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, por mencionar unos pocos, todos cultivaron el periodismo narrativo en algún momento de sus carreras, incluso después de hacerse famosos con sus obras más importantes. Gabo fue un gran cultivador del género de la crónica incluso después de retirarse de la narrativa de ficción. Esa capacidad de la crónica por “darle una voz prestigiosa” al que no la tiene, o que no sabe que la tiene, es uno de los motivos por los cuales privilegiamos su ejercicio en esta institución.

## LA CRÓNICA COMO INSTRUMENTO DE INVESTIGACIÓN

Ahora pasemos al segundo motivo, la utilidad científica que tiene la crónica. Durante las últimas décadas se ha venido reconociendo la importancia de los documentos narrativos como fuentes de investigación. Se reconoce en los relatos unas cualidades de densidad de información que no están presentes en otros géneros que no nos son “naturales”:

“Como parte del ‘giro narrativo’ los investigadores han comenzado a tomar seriamente la idea de que la gente estructura su experiencia a través de historias. Consideran que la persona es esencialmente un animal narrador de historias (MacIntyre, 1981) y un constructor natural de relatos (Josselson, 2006). Esto ha llevado a una apreciación más sofisticada de la gente como seres sociales activos y a considerar la manera en que se construyen las realidades personales y culturales a través de las historias y los relatos.”(Sparkes, Devis, 2016)



Los relatos de vida tienen una gran utilidad como fuentes de investigación, principalmente para las ciencias sociales como la antropología y la sociología, debido a que presentan los hechos desde perspectivas inusuales y realizan asociaciones ricas e inesperadas entre ideas que pueden rebasar la estructura conceptual “cuadrículada” de un investigador tradicional. Ahora mismo, esta universidad está inmersa en el proceso de recopilar y comprender los hábitos culturales y los valores de sus estudiantes mediante un proceso llamado “Sello Areandino” que tiene el fin de diseñar una oferta de servicios mucho más ajustada a las necesidades reales de los alumnos, y una de las principales herramientas para ello son las crónicas escritas por lo mismos estudiantes.

Pero la investigación narrativa es también de invaluable utilidad para emprendimientos más materiales e inmediatos, como por ejemplo las encuestas de salud pública, las estrategias de mercadeo, las de hábitos de ahorro y consumo, e innumerables otras de pertinencia inmediata para la mayor parte de las disciplinas académicas. Aprender a redactar una crónica es la mejor manera de aprender a explotar sus virtudes como fuente de información, en un campo de investigación en el que todo está aún por hacerse.

## CÓMO REDACTAR UNA CRÓNICA

---

¿Cómo atacar esta tarea? El arte no tiene reglas, y la crónica como arte menor sólo admite dos: que los hechos narrados sean comprobables -es decir, que no sean ficción-, y que estén narrados de manera secuencial en el tiempo. De allí en adelante todo está permitido: ¿quiere darle forma de poema a su relato? Ilústrese en El Poema del Mío Cid. ¿Quiere hablar de una experiencia personal que sólo le interesa a usted? Léase primero Confesiones de un Comedor de Opio Inglés. ¿Desea narrar el mismo fenómeno desde los puntos de vista de varios personajes? Inspírese con La Noche de Tlatelolco o Noticia de un Secuestro. Como indicación general, el primer paso para escribir bien en cualquier género es leer todo lo que uno pueda del mismo, y en esta época del acceso universal a casi todo no hay excusa para saltarse los grandes clásicos de la crónica latinoamericana y mundial.

Pero decir “lea más” no califica como una indicación útil. Así que, a guisa de receta, le ofrecemos ahora una serie de preguntas útiles que le permitirán construir una crónica satisfactoria.

- El **tema**: ¿De qué se va a tratar mi crónica? Escoja un acontecimiento bien delimitado, ojalá de su experiencia personal. No conocemos ningún tema mejor que aquéllos que nos han afectado directamente, y no hay otros temas que afecten de manera más completa nuestra atención e interés. Lo de “delimitado” quiere decir que entre más breve sea el tiempo en que transcurre lo relatado, días o semanas, mejor. Una crónica que se llame “la historia de mi vida” seguramente no atraerá muchos lectores. Más allá de eso, cualquier tema es legítimo e interesante, porque todos los temas reflejan el caleidoscopio sin fin que es la vida humana.
- El **comienzo**: ¿Por dónde empezar? Como en toda historia, hay que empezar por presentar al protagonista de la historia, el lugar en donde ocurre y el incidente que detonó la situación. Busque que el comienzo resuma en algo la imagen más potente de su relato. Compare estos dos comienzos: “Hace 25 años, mis madre me dio a luz dentro de una familia feliz y llena de valores”; “Tenía siete años cuando me asomé a mi ventana y ví que llovía sangre”. ¿Cuál cree usted que retendrá mejor la atención del lector?



- El **desarrollo**: ¿qué cuento y qué omito en mi relato? Escoger qué cosas no decir es siempre uno de los dilemas más arduos del escritor. ¿Necesita saber el lector qué bus tomó usted para llegar al lugar de los sucesos, qué tan lleno iba y qué desayunó usted esa mañana? Probablemente no, por más que a usted le guste mucho la forma tan poética en que describe los huevos fritos o el smog que flota sobre la ciudad. Sea despiadado: si al quitar un detalle, por encantador que sea, la historia fluye mejor, quítelo.
- El **desenlace**: ¿qué digo al final? Leer es un ejercicio de empatía, es decir, de establecer una relación en la cual el lector se interesa por el destino de los personajes narrados. Todo fin de un acto de lectura implica un duelo por la partida de un personaje que se nos hizo entrañable por un breve espacio de tiempo. Y como todo duelo, es más llevadero si el personaje que se va se despide antes de nosotros. Incluya en su final una breve reflexión respecto a qué significa la experiencia para usted, una aclaración de por qué se tomó el trabajo de contar esa historia. Como todas las despedidas, entre más breve sea, mejor.

Pero lo mejor de las reglas aplicadas al arte es que se pueden ignorar impunemente. Si siente que su ejercicio se malogra si cierra el final, o si cree por una razón que a lo mejor usted misma no entiende que esa digresión de media página sobre el color de los globos en el parque es absolutamente necesaria, arriéguese y váyase con su intuición. Lo único de lo que tiene que arrepentirse es de no entregar un relato que siente como propio y honesto. Ese tipo de relatos jamás fracasan. Buena suerte con su proceso de escritura, y aproveche las numerosas oportunidades de redactar, o leer, crónicas que le ofrecerá su carrera profesional.